

La construcción de la identidad en Todos los nombres, de José Saramago y Los restos del día de Kazuo Ishiguro.

Prof. Doctoranda Graciela Beatriz PERREN

Resumen:

*En dos novelas contemporáneas: **Todos los nombres**, del portugués José Saramago y **Los restos del día**, del escritor inglés Kazuo Ishiguro, sus protagonistas custodian, cada cual en su propia esfera, vidas ajenas. Don José, el escribiente de Saramago, es un hombre solitario; Mr Stevens, otro subalterno, es el mayordomo perfecto, con una vida dedicada por entero al servicio en “una gran casa”. Don José juega su aventura por amor; Stevens, pese a las pérdidas que esto significa, no abandona jamás la meta eje de su vida: el desempeño digno de su labor. Son seres que, en apariencia, carecen de identidad, meros reflejos de otras vidas más luminosas; sin embargo, cada cual es capaz de construir su propia identidad a través de elecciones vitales y llegar a un plan de vida personal. Cada uno vive según los valores en los que cree, aun cuando el sabor de la derrota aparezca al momento de contemplar sus vidas.*

Palabras clave: Identidad, valores, metas, plan de vida.

Introducción

Los personajes de las novelas, “organizadores del mundo posible del texto, garantes de la coherencia de la entrega”, son los que, a nivel de la historia “tienen una acción que los determina, una evolución que nos sorprende, en ocasiones, o un estatismo que los subraya.”, como señala acertadamente Crivello. Además, la información brindada por el agente narrador, unida a nuestras propias inferencias lectoras, nos permite encontrar similitudes y, tal vez, identificarnos con ellos y situarlos mentalmente en el mundo cotidiano porque “la literatura resultaría incomprensible si no configurara lo que ya posee realidad en la acción humana” (CRIVELLO, 2008. p. 19,20). Por eso la novela puede considerarse como un género que, más que centrarse en la narración de historias, se empeña en la búsqueda de respuestas para los interrogantes esenciales del hombre. Al decir de José Saramago, “A la novela y al novelista no le resta sino regresar a las tres o cuatro grandes cuestiones humanas, quizá sólo dos, vida y muerte, intentar saber, ni siquiera ‘de dónde venimos y hacia dónde vamos’, sino simplemente ‘quién somos’” (SARAMAGO, 1998, p. 184). Desde esa pregunta central, pretendemos aquí una lectura de dos novelas contemporáneas: *Todos los nombres*, de Saramago –portugués, premio Nobel 1998- y *Los restos del día*, de Kazuo Ishiguro, -narrador de origen nipón y radicado desde niño en Gran Bretaña-.

En ambas ficciones los protagonistas custodian, cada cual en su propia esfera, vidas ajenas: Stevens, -*Los restos del día*-, como mayordomo en Darlington Hall, una mansión inglesa; y don José en su función de escribiente en la Conservaduría del Registro Civil, de *Todos los nombres*. En ambos casos la profesión que desempeñan y la situación social en la que se hallan, constituyen un factor determinante en sus existencias, y son consecuencia de decisiones asumidas por ellos mismos. Tanto

Stevens como don José han moldeado sus vidas de un modo particular y ambos han llegado a la madurez como hombres solitarios, honestos y eficientes en las labores a las que se han dedicado desde mucho tiempo atrás. Tal condición en ellos nos permite realizar una lectura desde la identidad, siguiendo en tal caso los lineamientos de Kwame APPIAH, (2007, p.20), quien nos señala la importancia de la construcción de la individualidad a través de lo que denomina plan de vida y a partir de este concepto la verificación de la relación entre quiénes somos y qué somos, o para decirlo con sus palabras: “cuando se nos pregunta –y cuando nos preguntamos- *quiénes* somos, también se nos está preguntando *qué* somos”, y con esto llegamos al intento de dar cuenta de esas formas sociales que ahora llamamos *identidades*.

¿Cuáles son los hechos destacados en la vida de estos hombres? Ambos han pasado la mayor parte de sus existencias en sus respectivos puestos de trabajo y han llegado a la edad madura sin construir una relación de pareja, pero en cada caso la situación tiene matices que señalan diferencias. El texto ficcional nos presenta a Stevens que repasa su existencia como empleado en la “gran casa” mientras recorre la campiña inglesa y va al encuentro de Miss Benton, la mujer que se desempeñó como ama de llaves en la mansión y de quien todavía sigue enamorado; pero nada o muy poco cambia en sus ideas y su modo de actuar: volverá nuevamente solo con la idea de desempeñarse lo mejor posible con su nuevo empleador, el norteamericano que ha comprado Darlington Hall. Don José, en cambio, escribiente que ni siquiera pudo ascender en el escalafón de la institución burocrática en la que trabaja, cambia radicalmente su modo de actuar, tanto en el ámbito laboral como en el modo de relacionarse con los demás cuando, por casualidad, cae en sus manos la ficha de una mujer desconocida: va a transitar todos los caminos que puedan llevarlo a ella, desde la Conservaduría hasta el Cementerio General, para localizar su tumba cuando ha podido averiguar se ha suicidado. La curiosidad primero, la ansiedad por saber quién es ella lo lleva a aventuras y situaciones impensables antes para él.

1. El perfecto mayordomo.

A partir del momento en que el nuevo dueño de la mansión, un norteamericano, le propone a Stevens que se tome unos días para conocer su propio país –Gran Bretaña- el mayordomo viaja en el automóvil de su “señor” por la campiña y se dirige hasta una ciudad lejana, donde espera ver a miss Benton, otrora ama de llaves de Darlington Hall, de quien está secretamente enamorado, algo que no es capaz de confesar ni siquiera en su yo interior. En esos seis días Stevens recuerda los años de esplendor de la casa, en la década anterior a la segunda guerra mundial, cuando su amo –un noble inglés seducido por los aparentes esplendores del nazismo- reunía allí a personalidades de la política europea en un intento de cambiar el rumbo de la política exterior de su país. Después vendrían los momentos de la caída en desgracia de Lord Darlington, con el escarnio público y las acusaciones de colaboracionismo. Pero en sus solitarias disquisiciones, nunca se atreve a aceptar lo innegable: que durante años rehuyó hablarle de amor a miss Benton, sólo que ahora es demasiado tarde; sin embargo, encubre lo que es un viaje de amor con un fin práctico: supone (quiere suponer) que su vieja amiga tal vez se reintegre en el servicio.

Pasa algo parecido con los sentimientos de Stevens hacia su jefe: a pesar de que ya no está a su servicio y el patrón ha muerto, el mayordomo se niega a criticarlo con dureza, como hacen los demás; mantiene su fidelidad aunque las evidencias están ante

sus ojos: Lord Darlington fue alguien de talante antidemocrático y mostró ocasionalmente su antisemitismo. Aún así, Stevens encuentra una justificación hasta para los actos más reprobables, aunque el humillado sea él mismo.

Stevens encuentra la justificación de su existencia en su profesión: desde que comenzó a desempeñarse como mayordomo, se ha sentido parte imprescindible del gran aparato que hace funcionar la mansión Darlington. La actividad política de su señor, que participó activamente en los vaivenes políticos de la década anterior a la segunda guerra, forman parte de todo lo que da sentido a su vida.

Hay algo que debemos dejar bien claro: el deber de un mayordomo es procurar que haya un buen servicio, no intentar solucionar los problemas de la nación. Y la razón es que, a personas como usted o como yo, esa clase de asuntos se nos escapa y a aquellos de nosotros que quieren dejar huella deben comprender que, para conseguirlo, el mejor modo es concentrarse en lo que realmente *es* de nuestra competencia (ISHIGURO, 1992, p. 206).

Hubo un momento en su existencia en donde la meta elegida marcó con enorme fuerza su plan de vida: Cuando en la mansión se realizaba una reunión política del más alto nivel, debió desarrollar una labor intensa y de gran responsabilidad. Esa misma noche, Mis Benton, esa mujer que él amaba casi sin darse cuenta, le comunicó que iba a casarse con otra persona; sin embargo, continuó con su trabajo como si la noticia no tuviera importancia para él. Sólo la fuerza de una gran vocación puede explicar que guarde hasta el momento presente sólo el recuerdo de la “sensación de triunfo” que lo embargó porque pudo cumplir cabalmente con su deber como mayordomo: “aunque las últimas horas del día habían sido agotadoras, me había esforzado por mantener cada minuto ‘la dignidad propia de mi condición’, de un modo, además, del que incluso mi padre habría estado orgulloso”. No había opción posible entre la profesión entendida como una entrega personal sin reservas y el amor por alguien que, de acuerdo con esta idea, iba a perturbar su desempeño laboral y entonces, Stevens elige de acuerdo con la prioridad que se había marcado a sí mismo.

De su profesión puede hablar con seguridad, definir la condición un mayordomo según la eficiencia que, para él se halla estrechamente relacionada con la palabra “dignidad”, como lo muestra en su conversación con el médico que lo auxilia en la carretera:

-¿Qué cree *usted* que es la dignidad?

Debo reconocer que la pregunta, al formulármela de forma tan directa, me cogió desprevenido.

-Es algo difícil de explicar en pocas palabras, señor –repuse-. Pero creo que, en realidad, se trata de no desnudarse en público. (ISHIGURO, 1992, p.216)

Para Stevens el decoro, los buenos modales, la formalidad, son cuestiones fundamentales, de ahí que debamos tomar al pie de la letra su afirmación, aunque pueda tener matices absurdos para nosotros como lectores. Son las actitudes que componen el mundo donde él ha elegido habitar y hacen que ese mundo sea como es. Señala APPIAH (2007, p. 40) que éstos “son valores para Stevens, de acuerdo con su plan de

vida.” Como estamos ante un hombre para el cual las formas lo son todo (nunca se permite un ex abrupto o la escandalosa certidumbre de que tiene sentimientos), hay un especial acento en la redacción de su lenguaje, que resulta ser inútil más allá de los límites de su oficio: es incapaz de hacer una broma o conversar sin recelo con la gente más humilde, de la misma forma que le resulta imposible hablar de sexualidad humana con un joven hombre a punto de casarse, a quien pretende aleccionar con ejemplos pueriles. El suyo es el lenguaje de los cubiertos de plata y las botellas de oporto.

La profesión –según Stevens- puede ser definida tanto desde el género (los mayordomos son hombres), y en buena medida por la nacionalidad, ya que considera que sólo los ingleses son capaces de mantener un alto control de sus emociones. Su propia idea del mayordomo modelo está en su padre, a quien considera un alto representante de la anterior generación, que compara con la propia: “Mientras que la que nos precedió se preocupaba por saber si el patrón era noble, nosotros nos sentíamos mucho más preocupados por conocer su rango *moral*”. Y define la mayor ambición como “servir a caballeros que, por decirlo de algún modo, contribuyeran al progreso de la humanidad” Todo a un punto tal que llega a sostener: “creo que es justo decir que, para nuestra generación, el prestigio profesional residía ante todo en el valor moral del patrón” (ISHIGURO, 1992, p.122,123). Por ese motivo, cambió de empleos al entender no lo satisfacían en este punto, pero aclara que se vio recompensado con la oportunidad de servir a lord Darlington. Lo irónico de la situación es que, en definitiva, sabemos nosotros que precisamente ese rango moral, es lo que más faltaba en su patrón. Y es posible que también el mismo Stevens lo intuya, aunque persiste en todo momento en negarlo enfáticamente, tanto ante sí mismo como ante cualquiera de los que hagan preguntas sobre aquél.

Charles TAYLOR (1993) recuerda que la construcción de nuestra identidad se produce “dialógicamente”, porque nuestro yo no es algo previo a lo social, sino el producto de la interacción con los otros, en el mundo en el que vivimos. Nuestro lenguaje, en sentido amplio – lenguaje del arte, de los gestos, del amor, además de las palabras- es el material mismo del que nuestra identidad proviene. Esto nos parece importante para entender la dependencia social que tiene alguien como Stevens. Su vocación como mayordomo es lo más auténtico y tal vez el rasgo que permite rescatarlo ante nuestros ojos.

Es cierto que este personaje produce tristeza, porque ante nosotros, lectores, se nos muestra como un solitario que dejó pasar el amor ofrecido por una mujer y la posibilidad de una felicidad hogareña; tampoco su ideal de mayordomo perfecto puede resultar atractivo para nosotros, lectores de este siglo (más aún, en la madurez de Stevens ese ideal era ya anacrónico). Sin embargo, si realizamos una lectura a contrapelo podremos ver en él a un individuo que vivió la vida de acuerdo con metas elegidas y claramente delimitadas. De ese modo consiguió la identidad social que creyó la mejor para él. Su individualidad, además, puede entenderse en ese determinado medio en que vivió y dentro de una particular tradición social.

Al finalizar su excursión, se permite explayarse en confidencias con un hombre con el que circunstancialmente se sienta a contemplar el atardecer.

-Lord Darlington era muy buena persona. Un hombre de gran corazón.
Y al menos él tuvo el privilegio de poder decir al final de su vida que

se había equivocado. Fue un hombre valiente. Durante su vida siguió un camino, que resultó no ser el correcto, pero lo eligió. Y al menos eso pude decirlo. Yo no puedo. Yo sólo *confié*. Confié en su instinto. Durante todos aquellos años en que le serví, tuve la certeza de estar haciendo algo de provecho. Pero ahora ni siquiera puedo decir que me equivoqué. Dígame, ¿cree usted que a eso puede llamársele dignidad? (ISHIGURO, 1992, p.249).

Fiel a sus convicciones la preocupación está centrada sólo en un menoscabo de su dignidad profesional. Es el valor que ha guiado su identidad y, aun cuando podamos disentir con sus perspectivas, debemos reconocer en Stevens una coherencia y firmeza en el modo de vivir que lo coloca como ejemplo, más que de un plan de vida, de lo que Appiah llama construcción de una identidad. En él podemos ver la construcción de un yo con la compleja interdependencia que existe entre la creación de uno mismo y la sociabilidad.

2. Don José ¿alma de funcionario?

El protagonista de *Todos los nombres*, don José, el único que lleva nombre propio en la novela, es un hombre solitario, de vida gris e insignificante. Vive en la única casita aledaña a la Conservaduría del Registro Civil, -su lugar de trabajo- que no se demolió cuando se realizaron reformas; un tugurio tosco que también es su refugio. Sin familia ni amigos, tampoco mantiene relaciones de estrecha confianza con sus colegas. Es soltero y considera que “A mí se me ha acabado el tiempo”, afirmación que pareciera señalar una clausura que él mismo ha realizado en su existencia, porque ninguna mujer querrá ganarse su amor y cambiar sus días monótonos. Sus actividades se limitan al trabajo burocrático realizado a conciencia y a un entretenimiento que, por natural reservado guarda celosamente como secreto: una colección de recortes con noticias de personajes famosos hecha de recortes de periódicos y revistas con noticias e imágenes de gente célebre, sin otro motivo que la misma celebridad. En cuanto a su trabajo, lleva ya veinticinco años de servicio en esa oficina burocrática, y pareciera que ese mismo espíritu burocrático se hubiera encarnado en él puesto que es hombre de “espíritu metódico que se siente libre obedeciendo a un principio de igualdad” (SARAMAGO, 1998, p.22). Una vida rutinaria y sin grandes aspiraciones es la que ha llevado a lo largo de toda su vida adulta; tantos años de labor ni siquiera han servido para un ascenso.

Hasta estos límites llega su plan de vida, se contenta con muy poco y no aspira a realizar ninguna actividad fuera de la seguridad de su modestísimo hogar. Los valores que han guiado su “plan de vida” hasta el momento tienen que ver con el cumplimiento minucioso del deber, la puntualidad en el trabajo, el respeto por la jerarquía rígidamente establecida. Don José, por otra parte, se mueve en un mundo de escasas relaciones interpersonales, en especial en la Conservaduría, que está estructurada con una jerarquía de rigidez casi inhumana. Ni un gesto amable, ni una palabra que sea muestra de afecto pueden verse en ese ámbito. La indiferencia entre unos y otros, tanto entre iguales como superiores, pareciera ser obligatoria. Cuando este hombre debe subir hasta el punto más alto de la escalera que le permita colocar en los estantes superiores los expedientes, lo hace bajo una enorme presión nerviosa a causa del vértigo que sufre. No lo confiesa a nadie, sin embargo y realiza el trabajo atándose a los peldaños con una correa, a sus compañeros “abajo a ninguno de sus colegas de categoría, de los superiores

ni vale la pena hablar, se les pasaba por la cabeza la idea de levantar los ojos para ver si el trabajo transcurría bien. Dar por entendido que sí era otra manera de justificar la indiferencia.”(SARAMAGO, 1998, p.21)

Don José, hasta el momento en que decide cambiar sus metas, había aspirado sólo al cumplimiento estricto de sus deberes de simple funcionario público. Nunca tuvo búsqueda de reconocimiento porque su labor es sólo un eslabón más en la cadena burocrática y él, como cualquiera de los que trabajan en la Conservaduría no puede pensar en sobresalir y superar la uniformidad de la tarea general de inventariar vivos y muertos. En esas condiciones está su identidad social. Sin embargo, ese hombre que, en apariencia no esperaba mucho más de los años que le restaban por vivir y del que tampoco esperaban algo diferente los pocos colegas y conocidos, tiene una noche cualquiera en que estaba concentrado en su colección de famosos, la idea de completar su colección con los datos que la Conservaduría tiene de cada uno de los personajes, siente que “sólo el registro oficial de la Conservaduría, evidentemente, daría fe” y llega a la conclusión de que “sus esfuerzos de biógrafo voluntario de poquísimo servirían, objetivamente, sin la inclusión de una prueba documental, o su fiel copia, de la existencia, no sólo real, sino oficial, de los biografiados” (SARAMAGO, 1998, p. 26) (vuelve aquí con fuerza su mentalidad burocrática de funcionario), al instante percibe también que esto puede realizarlo con gran facilidad: basta sólo con abrir la puerta de comunicación y estará dentro de la Conservaduría. Es momento de cambio en sus metas personales, aunque todavía no lo perciba él mismo con mucha claridad. Sin embargo, el hecho mismo de transgredir prohibiciones –ha utilizado la puerta que tenía prohibido abrir- lo transforma:

Volvió a la Conservaduría y restituyó los documentos del obispo a sus lugares. Después, con un sentimiento de confianza en sí mismo que no había experimentado en toda su vida, paseó el foco de la linterna a su alrededor, como si estuviese finalmente tomando posesión de algo que siempre le había pertenecido, pero que sólo ahora podía reconocer como suyo. Se detuvo un momento para mirar la mesa del jefe, nimbada por la luz macilenta que caía de lo alto, sí, era lo que debía hacer, sentarse en aquel sillón, a partir de hoy sería el verdadero señor de los archivos, sólo él podría, si quisiera, teniendo que pasar aquí los días por obligación, vivir por voluntad suya también las noches, el sol y la luna girando sin descanso en torno a la Conservaduría General del Registro Civil, mundo y centro del mundo.(SARAMAGO, 1998, 30)

Es el comienzo, en estos primeros tiempos va a llevar una especie de doble vida y la identidad que se está gestando permanecerá todavía oculta a la mirada de los demás, cuando vuelve a la rutina del trabajo a la mañana siguiente, después de su excursión nocturna, “Ninguno de los colegas se apercibió de quién había venido, respondieron como de costumbre al saludo, dijeron, Buenos días, don José, y no sabían con quién estaban hablando.” (SARAMAGO, 1998, p.31)

Queda un largo camino por recorrer, porque a la colección se le agrega, por casualidad, la ficha de “una mujer desconocida”, alguien que no pertenece al mundo de los famosos, pero que atrae mucho más su atención. Saldrá a buscarla en un recorrido que tiene también mucho de elementos burocráticos y, en consecuencia, un camino lleno de vericuetos y dificultades –averiguar su domicilio, indagar sobre ella a personas que pudieron estar relacionadas, buscar los datos de su vida escolar- Una decisión lleva

a otra, y, de un modo por momentos impensado, asumirá una sucesión de cambios, que modificarán sus actitudes y sus aspiraciones. Se asombrará del valor que puede mostrar para superar dificultades, y hasta el trabajo tendrá “otro sabor”. Vive momentos difíciles, porque debe asumir riesgos y tomar decisiones que poco tiempo atrás ni siquiera soñó. Los valores que hasta ese momento habían sido las líneas directrices en su existencia, -diligencia, puntualidad, respeto por las jerarquías- y que habían constituido su identidad de funcionario, pasan a un segundo plano. Una forma particular del amor es lo que alcanza para él la prioridad. En un diálogo con el techo –algo así como un alter ego- don José se resiste a reconocer sus propios sentimientos “...empleas demasiado tiempo en entender las cosas, sobre todo las más simples, Por ejemplo, Que no tenías ningún motivo para buscar a esa mujer, a no ser, A no ser, qué, A no ser el amor, [...] Entonces dime también cómo podría querer a una mujer a la que no conocía, a quien nunca había visto [...] Querías verla, querías conocerla, y eso, concuerdes o no, ya es amar” (SARAMAGO, 1998, 285,286)

En el cambio de plan de vida don José lleva una doble vida, en parte por la inseguridad que lo acompaña siempre y también porque no puede permitirse el lujo de abandonar trabajo y rutina. No es el suyo un cambio súbito, sino un largo proceso que culmina con la noche en que vela la tumba de la mujer desconocida y luego se cierra con los momentos en que permanece en el departamento escuchando su voz en el contestador telefónico, como lejano eco de la persona que ya no está en este mundo pero algo ha dejado tras de sí.

Lo significativo es que don José no deja de ser el funcionario que valorizaba el trabajo, pero lo resignifica, lo vuelve más pleno de sentido. La burocracia de un registro civil, –parece decirnos con su actitud- no tiene por qué borrarse, porque la sociedad debe tener conocimiento de sus miembros; pero tal tarea no debe olvidar su cuota de humanidad: por eso el mismo conservador reconoce que vivos y muertos deben estar juntos en la Conservaduría. Unos no existen sin los otros.

Conclusión

Don José juega su aventura impulsado por el amor, una forma de amor que, de alguna manera compensa lo que antes había dejado en segundo plano. Stevens, en apariencia un hombre que ha vivido una existencia con enormes pérdidas, no abandona jamás la meta que considera eje de su vida: el desempeño digno de su labor. Son seres que, podríamos ver, en un primer momento, como carentes de identidad, meros reflejos de otras vidas más luminosas; sin embargo, cada cual es capaz de construir esa identidad propia a través de elecciones vitales. Cada uno de ellos vive de acuerdo con los valores en los que cree. En esa construcción de la identidad personal que hemos visto en ambos, hay, sin embargo un punto en el que se plantea la divergencia: en el caso de Stevens, la rigidez de sus metas le ha quitado la posibilidad de una vida amorosa. Es una posibilidad que él mismo se niega hasta en el último encuentro con Miss Benton. Don José, que parecía haber clausurado toda relación social –amigos, colegas- descubre y acepta la riqueza que la existencia humana puede tener fuera de los límites de la burocracia y las jerarquías. Descubre una posibilidad de amar, aunque el sabor de la derrota esté presente en el final de su aventura porque jamás llegará a conocer a aquella que cambió su mirada hacia el mundo.

BIBLIOGRAFÍA.

SARAMAGO, José. **Todos os Nomes**, Lisboa, Caminho, 1997, [trad. esp. **Todos los nombres**, Bs. As. Alfaguara, 1998].

ISHIGURO, Kazuo. **The remains of the day**, Nueva York, Knopf, 1989 [trad. esp.: **Los restos del día**, Barcelona, Anagrama, 1992]

APPIAH, Kwame Anthony. **La ética de la identidad**. Bs. As. Katz, 2007.

EQUIPO SARAMAGUIANO DE INVESTIGACIÓN EN TEORÍA Y CRÍTICA LITERARIAS. **Diccionario de personajes saramaguianos**, Buenos Aires, Fundación Santillana- Córdoba, EDUCC, 2008.

KOLEFF, Miguel.(ed.) **Apuntes saramaguianos II. José Saramago: un acercamiento al lector**. Córdoba, EDUCC. 2005.

KOLEFF, Miguel, FERRARA, María Victoria. **Apuntes saramagianos III. José Saramago y el siglo XXI**. Córdoba, EDUCC, 2007.

PONCE, Mónica, CASTAÑEDA, Graciela, PIEHL, Marisa. **Indagaciones. Ensayos sobre la alteridad en la narrativa de José Saramago**. Córdoba, EDUCC, 2006.

SARAMAGO, José. **Cadernos de Lanzarote, Diário I; Diário II; Diário III**. Lisboa, Caminho, 1996. [trad. esp. **Cuadernos de Lanzarote (1993 – 1995)** Madrid, Alfaguara, 1998]

TAYLOR, Charles. **El multiculturalismo y la “política del reconocimiento”**, México, FCE, 1993.

Autor

Graciela Beatriz PERREN. Prof. Doctoranda.

Universidad Católica de Córdoba. (UCC)

Facultad de Filosofía y Humanidades.

E-mail: gracielperren@uolsinectis.com.ar